



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 1 DE NOVIEMBRE DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Pequeño homenaje a Poe y Rulfo

LA FIESTA DE MARÍA AURORA
OLGA DE LEÓN G.

Llegué temprano a casa de mis padres para mi fiesta, porque no quería perderme nada de lo que en ella pasara. Ya no vivía en mi casa y pocos de la familia quedaban allí. Pero yo sabía muy bien que sería una fiesta especial y por lo tanto, la mayoría de los parientes harían lo mismo... vendrían temprano. Eso pensé: la mayoría asistirá solo por el gusto de encontrarnos tras más de cuarenta años de no vernos; otros, por curiosidad: por ver cómo lucen los demás; por eso, estarían a tiempo.

Las cosas no sucedieron tal cual. Pues nadie había llegado aún, pero mi ánimo y mi ilusión por verlos, no contaron los minutos ni las horas transcurridas, antes de que apareciera el primero.

Me había sentado en el centro de la sala, esa inmensa sala que tantos años se había visto y oído colmada de gentes y de voces entremezcladas con el sonido de la música retumbando desde las paredes hasta el alto techo del lugar, que era el doble de cualquier otra habitación de la casa.

Ahora esa gran casa se veía como un jacalón socavado en algunas de sus ventanas y paredes, también por la falta de tejas en el techo, a juzgar por lo que dejaban ver sin necesidad de acercarse a la puerta principal, ni de salir para mirar el cielo negro cuajado de estrellas y con algunas ramas atravesadas encima de los espacios medio huecos, entre tejas y techo.

Seguramente me quedé dormida, allí mismo, porque pronto me di cuenta de mi error. Sí habían llegado varios de la familia, los que tampoco se habían percatado de mi presencia, sino hasta que el sordo clamor del cielo, dejó que algunas aves entraran por los hoyos del techo y fueran directo al patio donde empezaron a repiquetear sobre el tronco viejo de la palma ya desmayada, que rompía más aún el viento, desparramando algunas de sus hebras secas encima de las sepulturas que seguían intactas, como si fuera el patio de un cementerio y no el de mi antigua casa.

Fue entonces cuando recapacité en que no entendía qué pasaba, ni en dónde estaba. Pero no sentí miedo, no tenía motivos para ello. No, sino hasta que una dulce voz, un tanto apagada o como ahogada en su propia garganta, me dijo:

-María Aurora, ¿qué haces aquí, hija?

-Tía Emilia, ¿eres tú, verdad? Casi no te reconozco... Solo por ese viejo sombrero negro de encaje y tul que cae sobre tu rostro.

-¿A qué has venido a este Camposanto que está tan lejos de donde tú vives?

-No entiendo qué dices. Yo estoy en mi casa, bueno en la casa en la que vivía hace cuarenta y tantos años, con mis padres... Pero, ¿y tú...? La voz se apagó y la figura casi sombra de la tía Emilia, se desvaneció ante mis ojos.

De eso sí me di cuenta... Aunque ya no había ojos en mis cuencas vacías, que otra hora lucían pupilas medio claras, entre miel y color aceituna. Pero, yo podía ver muy bien, a pesar de que entonces ya era ciega.

La fiesta sí empezó temprano, aunque la música casi no se escuchaba, parecía un suave murmullo o una interpretación



con sordina. No le di importancia, al contrario, pensé: qué bien que suene bajito... Así, no se molestarán los vecinos. Y porque el plan familiar era terminar hasta las cuatro o cinco de la mañana, antes de que los primeros rayos del sol pegaran sobre la tierra y terminara el hechizo de mi fiesta que habría empezado a la medianoche.

Tocaron todas mis piezas favoritas, las que más me gustaban cuando joven, y aún ahora de vieja, casi calaca de tan flaca que estoy. Siempre dije: -un día, adelgazaré sin sufrimientos ni privaciones de mis platillos italianos favoritos; y sin dieta alguna, ya verán que un día estaré tan, pero tan delgada, que el viento amenazará con levantarme en vilo.

Seguí recorriendo la casa, buscaba rostros conocidos. Me tropezaba con algunos, otros ni me saludaban, solo buscaban apurados la mesa de regalos, esos ya querían dejar su cariñito, cumplir e irse temprano. Eran los que habían venido de fuera, de otros estados y algunos del más allá de las fronteras de estas tierras.

Seguí a los que ya querían irse, para ver qué regalito me traían. Una, que siempre fue curiosa: de niña, de joven, de vieja y aún después de muerta, seguro lo seguiré siendo después de muerta... O, ¿ya lo era? Alcancé a escuchar cuando alguien le pregunta a la que llevaba su regalito envuelto en una cajita:

-¿Qué le trajiste a Aurorita? -Una esclavita para el tobillo con campanita.

-¡Ah!, ¿y por qué con campanita? -Pues qué no te acuerdas, Tía Chela, que esta niña siempre fue muy andariega,

muy traviesa, no se estaba quieta nunca y donde quiera se metía, hasta donde no la llamaban... -Pues sí, cierto así era... y seguro así seguirá siendo.

-Entonces, si se les pierde entre alguna caja u hoyo que no sea el que le corresponde, sabrán dónde anda.

-María Aurora sonrió y murmuró: ni sueñen con que ese regalito lo estrene algún día, faltaba más. ¡Qué me pongan cencerro!, si antes no pudieron, ahora, ¡menos!

El cielo comenzó a tronar y algunas nubes aparecieron tapando a las estrellas y amenazaban con estallar como vejigas de res a punto...

La mujer no estaba perdida, solo no sabía que había muerto en una fiesta de Día de Difuntos, a causa de un borracho que fue a estrellarse embarrándola a ella en el frente de la casa de sus padres, a donde había acudido para llevarse algunas cosas olvidadas allí... Igual que ahora, había una fiesta en la que la festajada era ella; la recién aparecida en el panteón de sus seres queridos: La casa donde todos reposaban hacía más de cuarenta años.

HUESOS QUEMADOS
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Estoy avergonzado del trabajo que se hace en la policía. El lunes, el Call Center recibió una llamada. Supuestamente era una emergencia, de parte de la señora que vive en la esquina de Ordaz y Santanita; dentro de nuestra área. Recibimos la orden, mi pareja y yo, para que fuéramos a indagar. Faltaban quince minutos para el cambio de turno y

mi pareja argumentó por radio que el llamado debía ser atendido por nuestro relevo. Nos dijeron que la dichosa señora Cruz había dicho, palabras más, palabras menos: "Mi hijo está como un loco, me quiere matar".

Mi pareja bajó y tocó a la puerta mientras yo esperaba en la patrulla. Abrió la señora Cruz y explicó que su hijo había salido enfurecido, lanzando cuchillería contra la pared y que intentaba vender la camioneta de la señora Cruz, sin el consentimiento de ella. "Es un drogadicto y necesita dinero". Se le preguntó si en ese momento estaba corriendo algún peligro. "No, ya estoy sola". "¿Va a levantar la denuncia para que procedamos?" "Mañana".

Mi pareja regresó al auto y entregamos el turno bien tarde. Llegué a la casa con el hambre de los diez mil demonios en las tripas. Y al día siguiente, la cosa igual. Recibimos el llamado por radio para que indagáramos otra vez. Ahora, la señora Cruz había dejado claro que, si le pasaba algo, el culpable sería su hijo. Notamos que faltaban quince minutos para las seis y, esta vez, nos dieron oportunidad de entregar la tarea. Los compañeros de la noche se encargarían.

Por la mañana nos enteramos de que no se había procedido. Los compañeros dijeron que ni siquiera se habían enterado, que nadie les dio aviso de la situación. "¿Iremos a buscar a la señora Cruz, colega?", le pregunté a mi pareja. "Al rato que pasemos por su calle", respondió él. Yo estuve de acuerdo. Pero fue hasta después de la hora de la comida que volvimos a acordarnos. Con la panza a reventar por los tacos de barbacoa y cayéndonos del sueño con la pesadez del alimento, fuimos a tocar a la puerta de la señora Cruz. Esta vez, me bajé yo.

Abrió el hijo. Me dijo que su madre estaba descansando, que no quería despertarla. Regresé al auto y le dije a mi pareja: "El tipo traía unos pelos muy alborotados, como de científico que acaba de poner a prueba su teoría, y la evidencia le indica que su hipótesis está mal. Hay algo raro". Dimos aviso de ello a los compañeros de la noche, para que estuvieran al pendiente. Por la mañana nos dijeron que no hubo novedad. Ahora sí, a las siete en punto fuimos a tocar otra vez: Y el hijo, que la mamá estaba dormida.

Pero el viernes volvieron las llamadas. Ahora, de los vecinos: que tenían días de no escuchar los gritos de la señora Cruz. Pero eso no era lo importante, sino que de la casa provenía un olor como a caparazón de tortuga acitonado, como a hueso quemado. "Arráncate", le dije a mi pareja, antes de que terminaran de reportarnos por radio.

No quiero hacerles el cuento largo. En la policía nos enseñan que debemos ser concisos. Sin mucha poesía. Entramos a la fuerza. Tres patrullas y una de granaderos. Quince elementos rodeando la casa. En la sala encontramos el cuerpo sin vida de la señora Cruz, boca arriba, quemada de los pies a la cintura. Muerta como tortuga mutilada, sin caparazón. El hijo intentó escapar por una ventana, pero no pudo.

Esos compañeros de la noche tienen la culpa, desatendieron el asunto desde el martes que les avisamos.



Nicolas Boileau

(Llamado Boileau-Despréaux; París, 1636 - id., 1711) Escritor francés. Su obra crítica, que refleja los ideales literarios de la Francia de Luis XIV, contribuyó a instaurar la estética del clasicismo francés. Amigo de La Fontaine, Molière y Racine, se dio a conocer en 1666 con sus siete Sátiras, a las que agregó dos más en 1668. Este mismo año comenzó a publicar sus Epístolas. En 1674 publicó su obra más influyente, el Arte poética, y concluyó los cuatro primeros cantos de El atril. En 1677 fue nombrado, junto con Racine, historiógrafo del rey. En la querrela de antiguos y modernos, que le opuso a Charles Perrault, fue un acérrimo defensor de los primeros. Su última obra, la sátira XII, fue censurada por el rey debido a su contenido jansenista.

Aun cuando Nicolas Boileau no fue un espíritu original ni creó la estética del clasicismo francés, sí realizó su más clara y ordenada exposición y contribuyó definitivamente a la consolidación de esta corriente. Pertenecía a una familia de magistrados, y después de estudiar leyes, su hermano, el escritor Gilles Boileau, lo animó a convertirse en hombre de letras.

Como amigo que era de Molière, comenzó su producción por la vía satírica. Sus primeros versos, Sátiras (1666-1668), constituían una divertida queja personal contra sus enemigos, y en ellos se criticaba el preciosismo literario en favor de un estilo basado en la claridad y el rigor. Simultáneamente empezó a componer las Epístolas, en las que repitió la temática de las Sátiras pero con una mayor agilidad formal, y trabó amistad con Jean Racine y Jean de La Fontaine. En Decreto burlesco (1671) satirizó el rechazo del racionalismo de Descartes por parte de la Universidad. En 1674 dio a conocer cuatro cantos de El atril, una discusión sobre futilidades entre clérigos en la que parodió el estilo solemne.

Su faceta más conocida fue, no obstante, la de teórico, gracias a su Arte poética (1674), en la que, inspirándose en Horacio y Aristóteles, preconizó una literatura basada en la imitación de la naturaleza, la organización racional de los elementos y el respeto a las normas clásicas. Considerada como un manifiesto teórico del neoclasicismo, esta obra consolidó y extendió su prestigio por toda Europa.

En 1677 fue nombrado cronista de Luis XIV, y en 1684 éste lo eligió miembro de la Academia Francesa. A partir de 1692 reanudó su actividad polemista escribiendo varias sátiras en apoyo de los «antiguos», que defendían la superioridad de los clásicos, frente a los «modernos». Aunque su obra tuvo una considerable importancia entre los escritores de su época e influyó en autores como Voltaire, su presencia en la literatura francesa, al contrario de la de Molière o Racine, fue decreciendo con el paso del tiempo.

ad pédem literae

Así como una jornada bien empleada produce un dulce sueño, así una vida bien usada causa una dulce muerte

Leonardo da Vinci

Letras de buen humor

La muerte es el remedio de todos los males; pero no debemos echar mano de éste hasta última hora

Molière

Elmer Mendoza

Chávez y esos tibios huesos que esperan

La poesía es un país de voces, una época, el estado real de la vida; y Jorge Humberto Chávez es un poeta de voz arenosa que mira las diversas capas del subsuelo de nuestro país. Alrededor de 70 mil homicidios dolosos en 23 meses no pueden pasar desapercibidos para todos. Más los anteriores. Eso significa que existe una hilera de huesos que los familiares buscan afanosamente. Llenos de esperanza. Un rosario de huesos es el libro más reciente de Jorge Humberto, publicado por el Fondo Editorial de la Universidad Autónoma de Querétaro, colección Libro Mayor, en Querétaro, México, en mayo de 2020. Leer estos poemas no es regodearse en "la vanidad de la poesía", es aceptar la invitación a tomar conciencia de una realidad falaz y agresiva, a pensar en que el dolor de la pérdida de un ser querido no debe ser ajeno y que "la poesía no sirve de nada si no puede ayudar a la gente a vivir".

Chávez, que nació en Ciudad Juárez en 1959, nunca se acostumbrará a los gritos desgarradores de las víctimas. "El mundo es una aflicción", sostiene, y

redobla su empeño en fortalecer su poesía con algo más que versos de gran oleaje. Sus poemas son arenas movedizas, tormentas nocturnas de palabras que escapan constantemente de las clasificaciones. Una forma volátil siempre será una provocación y Chávez disfruta escribir versos en los que jamás se reconoce. Salvo en el tema que es la pérdida brutal de un ser querido. "Qué inocuo es estar a la vera de los hechos", señala y demuestra que es el poeta que le gusta ser, ese que no teme al "negro corazón de la avenida", que no ignora que "la muerte siempre avanza en contra del deseo," porque conoce casos, por ejemplo el de Miriam Rodríguez, que buscó a su hija de 16 años, "su muchacha yacía en pedazos en el valle", denunció a los asesinos, los identificó, luchó denodadamente. Hasta que una noche que bajó de su troca frente a su casa, justo en la puerta, fue acerbillada por un sicario. Los cuervos, los gorriones y los cardenales: están de luto.

A muchos nos gusta la poesía amorosa. Viva Sabinés. Pero también nos



gusta la poesía que resquebraja el pensamiento y nos convence de ofrecer nuestro brazo una vez más. Una vez más. Hay una capa de huesos que llama a sus deudos. Escuchemos. Porque también nosotros "somos una ristra de huesos que siempre están soñando y cantando para nadie," que miramos las fosas a la espera de un eco con los nombres a cuestras y nos sumamos al poeta que decreta que en cada momento luminoso "nuestros huesos continuarán cantando". Chávez es un poeta grande, sabe meter las tardes en un puño y lo esgrime contra el terror, la angustia y la desesperanza. En sus espejos no se ven las víctimas, sólo personas que buscan a sus seres por amor, que no se cansan de descifrar la tierra que al

menos mientras vivan, no se tragará a sus desaparecidos.

Un rosario de huesos es un canto a lo desconocido, al último vestigio de un cuerpo; la música que proyecta espera encontrar sus notas en su corazón; cada uno de los 26 poemas es un compendio de palabras luminosas que nombran la oscuridad. Es un libro donde hay huesos pasados, presentes y futuros, donde la poesía abre brechas y revela las razones de los justos. Entre sus páginas palpita un poeta que mira de frente, que no teme señalar los sitios de la ignominia. Puedo decir que este libro debe ser parte del gran programa humano de Leer para comprender. Desde luego, es la forma de no perderse entre sus páginas.